

Príncipe de la Paz, tomaron una parte muy activa el conde de M..., conocido por el nombre de *El Tío Pedro*, y la servidumbre del hermano del rey Carlos, el infante D. Antonio.

Arrojado por este medio del poder el tan célebre como funesto D. Manuel Godoy, la intriga y la lucha no cesaban por eso de agitar á la córte, dando así mayor pávulo á las tristes consecuencias que necesariamente habian de sobrevenir.

En vista de la conmocion popular que por dos veces se habia desencadenado, y comprendiendo que lo que despues de la caida y prision del favorito se queria, era la coronacion del príncipe Fernando, Carlos IV firmó por último la renuncia el dia 19 de Marzo, cuarenta y ocho horas despues de los acontecimientos que dejamos indicados.

Algunos dias despues, el mismo Carlos IV, protestaba dicha renuncia (1), en carta particular que con fecha 27 dirigió al emperador francés, del cual demandaba amparo y proteccion.

Creemos que nuestros lectores nos agradecerán les demos á conocer este curioso documento, porque él bastará á demostrar cómo por las disidencias que se agitaban dentro del palacio de los reyes, se facilitaban al emperador los medios de dar cima á sus ambiciosos cálculos.

(1) *Protesta.* «Protesto y declaro que mi decreto de 19 de Marzo, en el que he abdicado la corona en favor de mi hijo, es un acto á que me he visto obligado para evitar mayores infortunios y la efusion de sangre de mis amados vasallos, y por consiguiente debe ser considerado como nulo.  
—CARLOS.—Aranjuez 21 de Marzo de 1808.»

Hé aquí la  
 CARTA DE CARLOS IV AL EMPERADOR DE LOS FRANCESES (1).

«Señor mi hermano: V.M. sabrá sin duda con pena los sucesos de Aranjuez y sus resultas, y no verá con indiferencia á un rey que forzado á renunciar la corona acude á ponerse en brazos de un grande monarca aliado suyo, *subordinándose totalmente á la disposicion del único que puede darle su felicidad, la de toda su familia y la de sus fieles vasallos.* Yo no he renunciado en favor de mi hijo sino por la fuerza de las circunstancias, cuando el estruendo de las armas y los clamores de una guardia sublevada me hacian conocer bastante la necesidad de escojer la vida ó la muerte, pues esta última hubiera sido seguida de la de la reina. Yo fui forzado á renunciar; *pero asegurado ahora con plena confianza en la magnanimidad y el genio del grande hombre que siempre ha mostrado ser amigo mio, HE TOMADO LA RESOLUCION DE CONFORMARME CON TODO LO QUE ESTE MISMO GRANDE HOMBRE QUIERA DISPONER DE NOSOTROS, Y MI SUERTE, LA DE LA REINA Y LA DEL PRÍNCIPE DE LA PAZ. Dirijo á V. M. I y R. UNA PROTESTA contra los sucesos de Aranjuez y contra mi abdicacion. Me entrego y enteramente confio en el corazon y amistad de V. M., con lo cual ruego á Dios que os conserve en su santa y digna guarda. De V. M. I. y R. su mas afecto hermano—CARLOS.—Aranjuez 27 de Marzo de 1808.»*

Esta carta, que por la cautelosa vigilancia ejercida en

(1) HISTORIA de la Guerra de la Independencia.

Aranjuez de parte de los *fernandistas*, llegó á ser conocida y divulgada entre el público, no es preciso que se la comentemos al lector; pues por ella conocerá perfectamente las consecuencias á que nos esponian la mudanza, ó mas bien la debilidad del buen rey Cárlos IV.

Como en otro lugar dejamos indicado, se permitió al pueblo creer que la llegada del ejército francés á Madrid, tenia por objeto favorecer la exaltacion de Fernando al trono de su inseguro padre, ya fuese en calidad de asociado, ó bien ocupándolo como rey único.

Esperábase por aquellos dias la llegada del emperador Napoleon á la córte, y que de este modo se aceleraria tan deseado suceso.

Un dia y otro se esperó á Bonaparte, pero en vano, pues este tardó aun algunos meses en verificar su viaje, ¡y por cierto que cuando lo hizo fué en circunstancias harto lamentables!

Pero los sucesos de Aranjuez se adelantaron á cumplir en parte el público deseo, y el temor obligó á Cárlos, aunque reservándose la consabida protesta, á firmar la abdicacion.

Previendo el inminente conflicto dos dias antes de estallar el motin, el Príncipe de la Paz, conforme con el parecer del rey, habia solicitado el apoyo y consejo del gran duque de Berg, cuando aun no se sabia á punto fijo la marcha y direccion que seguian las tropas del cuñado de Napoleon, ni los designios que verdaderamente abrigaba.

El secretario de Estado Mayor, D. Pedro Velarde, que tan gloriosa muerte alcanzó despues en la tremenda lucha del 2 de Mayo, fué el encargado de salir al encuentro de Murat con la misiva de Godoy; pero las evasivas con que el caudillo francés se excusó de contestar, demuestran, ó que se estaba á la capa esperando los resultados de tales disiden-

cias ó que sus instrucciones privadas, cuando no su inspiracion propia, no coincidian con la conducta observada por el embajador Beauharnais.

Mas adelante daremos á conocer multitud de datos y documentos, bien dignos de ser conocidos.

## CAPITULO II.

### Entrada de el deseado en Madrid.

Singular contraste ofreció con la fría entrada del orgulloso Murat en Madrid, al frente de su brillante ejército, la del rey Fernando, verificada poco después y sin otro séquito ni legiones de guerreros, que un inmenso pueblo cuyo amor á su soberano rayaba en el delirio.

«Pocos cuadros cuenta la historia, —dice á este propósito D. Miguel Agustín Príncipe, —de tan sincero y ardiente frenesí: pocos igualmente, ninguno tal vez, —añade el mismo historiador, —en que las esperanzas de un gran pueblo quedan tan amargamente frustradas como aquellas lo fueron.»

Con efecto: no bien se tuvo noticia de su traslación, la mayor parte del vecindario de Madrid, casi todo, y el de los pueblos del tránsito se agolpó á su carrera.

En la puerta y afueras de Atocha era el gentío tan inmenso, que á duras penas podría transitar ningún carruaje ni caballo.

El paseo del Prado y las calles de Alcalá y Mayor se hallaban igualmente obstruidas.

Era aquello un revuelto mar de cabezas risueñas, endonde sin escepcion se comprendian personas de todas las clases y condiciones, unidas por los vínculos del afecto que profesaban al jóven rey...

Pero en tanto éste nollega, acerquémonos á uno de los animados grupos que fuera de la puerta de Atocha esperaban afanosos.

Varios de nuestros personajes, nos son ya conocidos.

El tabernero de la calle del Humilladero, su mujer, el Maestro, María y otros dos ó tres sugetos que debian ser parroquianos del señor Colás, pues entre ellos se distinguia al animoso y entusiasta Epifáneo, en elogio de cuyo patriotismo hablan tan alto las amenazas en que prorrumpió la noche en que dá principio nuestra historia: hé aquí, á escepcion de un desconocido de quien hablaremos luego, el grupo que debe fijar muy especialmente la atencion de los lectores.

La jóven María, que más bien que sirvienta, era para la señora Teresa y para su marido casi tanto como una hija, pues como á tal la trataban, aparecia en aquel momento radiante de hermosura, realzada más y más por la agitacion que cubria de vivo carmin las mejillas de su rostro moreno, dando á sus negros y grandes ojos ese brillo ardientemente apasionado que es el distintivo de nuestras bellezas meridionales.

La graciosa y rica mantilla desarga, con sus anchos terciopelos, bajando de la parte posterior de su cabeza, venia á cruzarse con garbo sobre su turgente seno, formando una aureola especial, digámoslo así, alrededor de aquel rostro de

verdadero corte español, sobre que también sentaba el sencillo atavío de la niña.

Su breve talle parecía ceñir con exigente coquetismo, en sus blandas y flexibles ondulaciones, al bien cortado corpiño negro; tal vez porque, más riguroso aun, no acababa de ceñir aquel dulce y seductor contraste de unas redondísimas caderas.

Al remate de su falda color grosella, transparentaba las caladas medias una pierna, tan delicadamente torneada, que á no causar admiración un lindo pié, holgado en el diminuto zapato de terciopelo negro, bastaría por sí sola á trastornar el sentido de los hombres más cuerdos.

En tanto las demás personas del corro hablaban indistintamente entre sí, abandonábase nuestra bella niña á un dulce coloquio con un mancebo de buen porte, alto, ligeramente moreno y pálido, y cuyo cabello y naciente bigote eran tan negros como sus expresivos y rasgados ojos.

Al par que María clavaba en el suelo, en el momento en que sorprendemos su conversacion, sus tímidas pupilas, el mancebo, por el contrario, dejando vagar por sus labios una picaresca sonrisa de satisfacción, no cesaba de contemplar con avara pasión el semblante ruboroso de su compañera.

—Sí, María,—murmuraba en voz baja, pero con vehemente acentuación,—temo que tú no me amas con la misma fé que yo te amo; porque sino...

—Concluya Vd.,—interrumpió la jóven<sup>a</sup> con voz trémula y sin alzar sus ojos.

—Porque de lo contrario,—prosiguió el mancebo,—no hubieras pensado un solo momento en ese obstáculo ilusorio.

—Es que yo, D. Enrique, sé distinguir bien la condición de cada cual; es acaso un defecto en mí, pero yo no puedo

corregirlo, ni es eso, á pesar de lo que Vd. dice, un obstáculo para que yo le quiera: en cuanto á quererle, no es una dueña de dominarse, y ya no tiene remedio.

—María, repito que deberia ponerlo en duda, por la sola razon que acabo de indicarte, sino estuviera seguro de la candidez de tu corazon.

—¡Qué falso es Vd.—repuso la jóven!—¡Y aun se atreve á hablar de este modo, cuando él y todo el mundo sabe!.. Vamos, mejor cuenta me tiene callar.

—Pues entonces, si me amas como dices y yo he creído hasta hoy, ¿por qué esos escrúpulos?

—Repito, D. Enrique, lo que á cualquiera persona de reflexion y juicio se le ocurriría: Vd. es un caballero...

—¿Y bien?..

—Y yo soy...

—Un ángel, ¡María!

—Soy... una pobre muchacha del pueblo, que para mayor desgracia suya, ni aun ha llegado á saber jamás á quiénes debe el sér.

—Y eso ¿qué me importa á mí?

—¡D. Enrique!...

—Sí, ¿qué importa eso para quien como yo no busca otra cosa que la belleza del alma? Eres hija del pueblo, es verdad, pero lejos de humillarte, querida mia, te enaltece tu misma condicion; tu honradez, tus virtudes y tu hermosura te hacen superior á la más encumbrada señora. ¿No tienes padres? Triste es para tí, hermosa niña, lamentar esa falta que acaso ¡quién sabe! cesarás dellorar algun dia. Pero entretanto yo te amo como un padre, más que un padre mil veces; y tú eres la luz de mis ojos, mi esperanza, mi felicidad, mi vida. Cree, María de mi corazon; si me ofrecieran ahora la mano de la más bella y poderosa reina, no



la tomaría á cambio de una sola de tus miradas, de la más ligera sonrisa de tu encantadora boca.

—¿De veras? preguntó María con acento cada vez más débil por la emocion.

—Y tanto, que no tardaré en probarte mi amor de modo que jamás puedas abrigar la más ligera duda.

—¿Y de qué modo?—volvió á preguntar la jóven con verdadero é ingénuo candor.

—¿De qué modo te lo probaré, ídolo mio?

La confusa niña no respondió, pero su rostro acababa de ponerse más encendido que la grana.

Este lenguaje, harto más elocuente que las frases más escogidas, embriagó totalmente el corazon de D. Enrique, quien prosiguió tendiendo á la jóven su diestra.

—María: ¿quieres darme tu mano?

María obedeció, alargando su mano vacilante y temblorosa por la emocion.

—¡Mirame!—continuó su amante.

Alzó la niña los ojos, cuyo brillo empañaba la passion, y los clavó en los del jóven.

Este contempló, á través de una nube de lágrimas que hicieron brotar el amor y el enternecimiento, las ardientes pupilas de la niña.

Despues la preguntó él con acento más apasionado, aunque ligeramente tembloroso:

—Dí, María: ¿creerás en el amor que un buen hijo profesa á su anciana y cariñosa madre?

—Sí;—respondió María.

—Y despues de lo que ya sabes, ¿puedes dudar un solo momento de mi adhesion y acendrado cariño á ese rey que ahora esperamos con júbilo y á quien adora todo el pueblo?

—No, D. Enrique; no puedo dudarlo.

—Pues bien: ¡por ese amor que tengo á mi noble y anciana madre, y en nombre del cariño que profeso á nuestro rey que vá á llegar, yo te juro, María, que habré dejado de existir para entonces, ó antes de finar el mes de julio seré tu esposo ante Dios y los hombres!

Tan vehemente, tan reconcentrada era la pasion con que el jóven pronunció las últimas frases de su juramento, que del pecho de María se exhaló un ligero grito de felicidad, grito que expresaba todo un mundo de sensacion y de esperanzas.

Nadie se apercibió entre los concurrentes del grito que se habia escapado á la dichosa niña, y ni aun la señora Teresa, que á la sazón charlaba por los codos con el Maestro sobre la hermosura que en el corazon y en el rostro ostentaba el nuevo rey, hizo alto en este particular: mas el tabernero, que aunque alternando en todas las conversaciones del corro, no perdía sin embargo una sola frase de las que en tono bajo profería la enamorada pareja, en cuanto hubo escuchado el juramento hecho por D. Enrique se acercó á este, y casi arrebatándole una mano que estrechó entre las suyas con trasporte, exclamó mirando alternativamente á María y al mancebo:

—¡Bien! amigo mio. ¡Bien!—yo no quise hasta ahora mezclarme en este asunto, por tal de no cometer una indiscrecion; y porque además tenia pruebas de que era usted un jóven leal, todo un caballero.—Lo que acabo de oír me llegó al corazon... ¡Vamos!... Pero si esto no puede uno resistirlo con serenidad... ¡qué tontería!... á mis sesenta y un años cumplidos!

El tio Colás enjugó con el revés de su nervuda mano los ojos que se le llenaban de lágrimas, y D. Enrique, con-

movido igualmente, como tambien su amante lo estaba, dijo al anciano:

—Es natural esto, señor Nicolás, y no debe Vd. admirarse de ello.

—¡Pobrecilla!—continuó el tabernero: bien digna era de una suerte semejante, y por eso, aunque la dejaba ocuparse en algunas faenas, pues siempre es bueno que las gentes mozas trabajen, sin embargo, hacia lo posible porque su suerte fuese más llevadera. Pero desde hoy, en tanto no salga de mi casa, puerda Vd. cuidado, que aunque pobre y humilde que soy, me acostumbraré á tratar á Maria como la futura esposa de D. Enrique.

—Gracias, señor Nicolás; no necesitaba esta última prueba para asegurarme de su aprecio.

—¡Ah! en cuanto á eso... hace ya largo tiempo que lo atestigua mi corazon... Pero... con permiso de María... digo de *doña* María... Porque desde ahora ya no debo llamarte tú por tú como... Pero, ¡vamos, pierdo como hay Dios, el juicio... Escuche Vd. lo que quiero advertirle.

D. Enrique, sonriendo á la ingénua ocurrencia del viejo, se apartó con este á distancia de dos pasos. El tio Colás le dijo al oido:

—Ha de saber Vd. que muchas veces, y como dice el refran, donde ménos se espera salta la liebre.

—¿Qué quiere Vd. decir? preguntó el jóven sorprendido.

—Que bajo una mala capa, como dijo el otro...

—¿Qué?

—Que esa María que Vd. vé ahí, no es la María que todos creemos ó creen los demás...

—Pero si Vd. no se explica... No comprendo...

—Tengo que comunicar á Vd. una noticia sobre esta pobre criatura, que seguramente ha de alegrarle.

—¿Sobre María?

—Sí, sobre María: ya tenia yo ciertos antecedentes, pero hace un mes que sin decir nada ni á mi propia mujer, he adelantado mucho en cierto negocio...

—¿Podré saber...

—No es lugar este muy apropiado: luego hablaremos de esto, en mi... en su casa de Vd., ¿estamos?

Un repentino murmullo, seguido de una oscilacion producida por la multitud, vino de súbito á interrumpir á nuestros interlocutores.

A este murmullo y á esta oscilacion siguió el eco de lejanos clamores, y á las voces repetidas de trecho en trecho de *¡ya llega! ¡ya llega!* sucediéronse las carreras, los gritos de alegría y de emocion.

El rey acababa de llegar en aquel momento á las Delicias, y se detenia el tiempo necesario para montar á caballo y verificar así su entrada en la alborozada poblacion.

A pesar de la distancia, la nueva circuló por entre las apiñadas turbas con eléctrica celeridad.

Una brusca y fuerte oleada impelió á nuestros conocidos, desviándolos considerablemente de la puerta.

El Maestro, procurando reunir á la diseminada compañía, dijo á D. Enrique:

—¡Cáspita! Y luego nos quejamos de nuestra debilidad... Que nos eche por acá el gran duque sus ejércitos, y á buen seguro que sin otras armas que estos remolinos, les haremos perecer axfisiados.

—Inclusos aquellos pajarracos de mamelucos, añadió Epifáneo.

—Y la guardia Imperial, con sus caballos de postas, repuso otro de los circunstantes.

—Efectivamente,—dijo el amante de María poniendo coto á sus colegas que parecían dispuestos á apurar la materia:—sin duda alguna el pueblo de Madrid ha acudido en masa.

—Cuando le digo á Vd., D. Enrique,—interrumpió el tabernero alegremente,—que no llegarán hoy á media docena las familias que pongan puchero antes de las cinco de la tarde. ¿Tú no lo sentirás, María?—añadió dirigiéndose á la joven.

—¡Yo! respondió esta,—por el contrario, me gusta comer de fiambre; aunque á decir verdad maldita la gana que tendré.

—¡Ah picaruela! te entiendo.

Y bajando más la voz, añadió:

—El amor es un gran alimento; y la satisfacción de la esperanza el néctar que suelen beber con más gusto los enamorados. Yo, á la verdad no soy de ese parecer, hija mia; pero...

—¡Qué burlon es Vd., señor Colás! ¿Qué ha de decir Vd. á sus años: lo que Vd. ahora desea es descanso y...

—Y buen trago, hija mia, siquiera por aquello de que «tripas llevan piernas.» Sin embargo, allá en mis buenos abriles (q. D. h.), también me retozaba este travieso co-razon, y por cierto que no fué mi pobre Teresa la primera por quien rebulló como las aspas de un molino de viento.

—Con que segun eso también Vd...

—¡Tá! ¡tá!... pues qué piensas, mocosuela, que yo fui hecho de pedernal ó de cartulina... ¡Oh! en mis verdores no era de los chicos más desafortunados... Pero insensi-

blemente iba á contarte la historia de mis travesuras, cuando lo que á tí te interesa... más vale callarlo... no se entere algun envidioso... ¡Ah! se me olvidaba lo mejor: ¿tú no sabes que pienso darte una sorpresa?

—¿Buena ó mala? preguntó María buscando con los ojos á su amante, que en aquel momento parecia multiplicarse dando conversacion á la señora Teresa y á dos ó tres interlocutores que le tenian como cercado.

—¡Vaya una pregunta!—prosiguió el tabernero,—si fuera mala, no tengas cuidado que yo te dijese nunca «esta boca es mia.» Ya sabes que no soy amigo de dar disgustos á nadie, y mucho ménos á tí.

—Gracias, señor Colás, gracias; bien lo sé: pero ¿no me dirá qué sorpresa...

—Lo que es por ahora no puedo decirte nada, pues perderia todo el mérito.

—¿Es acaso un regalo?

—Aunque la boda está cercana ¿qué quieres tú que yo regale á la esposa de D. Enrique, si no es una buena voluntad, de que no puede tener la más leve duda?

—¿Pero tan secreto es?

—Vamos, soy un estúpido del diablo, y parece que ya he dado al olvido la poca paciencia con que los muchachos suelen resignarse á esperar... A su tiempo, y cuando yo tenga arreglado cierto negocio que me importa mucho para el caso, entonces pierde cuidado, te diré... Mas ¿qué gritos son esos?

—¡El rey, el rey! exclamaron casi á una voz.

Los demás circunstantes prorrumpieron en la misma exclamacion, y esta vez á las carreras y vocerío, se sucedieron las exclamaciones y los vítores más frenéticos.

Con efecto, el nuevo rey apareció entre la multitud so-



bre un brioso caballo, y con la cabeza descubierta.

Seguíanle á corta distancia los infantes D. Antonio y D. Carlos, sin otra escolta que algunas gentes de su servidumbre.

El espectáculo que se ofreció á la vista, y que se repitió durante las cinco horas que Fernando tardó en llegar á Palacio, era verdaderamente maravilloso.

Como decimos en otro lugar, pocos casos registra la historia de las naciones en que ningun rey haya sido objeto de un entusiasmo tan ardiente.

No se contentaba el pueblo con victorear y saludar al j6ven monarca.

Todos los extremos de un cari6o el m6s acendrado, todos los arrebatos de j6bilo m6s conmovedor, se sucedian en el dif6cil tr6nsito de la pequena comitiva.

Hombres, mujeres y ni6os se atropellaban por acercarse al afortunado monarca, para bendecirle y abrazarle, llegando al extremo muchas mujeres del pue6lo de besar sus pi6s con l6grimas de enternecimiento en los ojos.

Tan extraordinario y cari6oso agasajo, ¿conmovió al rey, 6 idolo, de aquel magn6nimo pueblo?

Al ver que se le recibia como á un nuevo Mesias, ¿hizo en aquellos momentos solemnes algun voto por corresponder al acendrado cari6o que do quier le manifestaban?

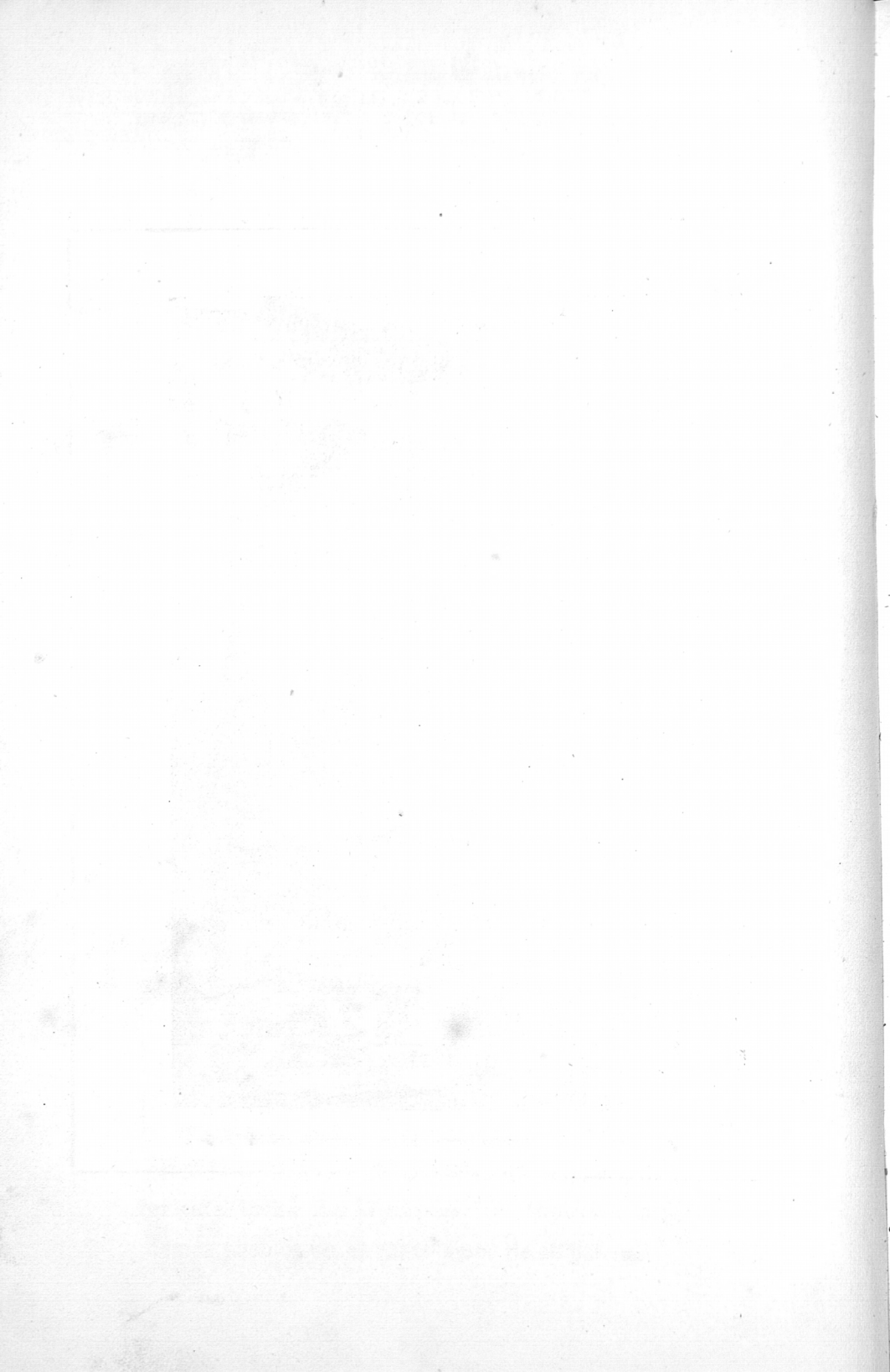
M6s tarde ese mismo pueblo, con grandes y her6icos sacrificios y consecuente en su f6, adquirió nuevos titulos á la gratitud del monarca.

La bruma de los siglos venideros no bastaría á borrar, ni á destruir hasta la memoria del mundo, aquella sangrienta lucha que al empezar en Madrid hizo arder á los dem6s pueblos en el santo amor de su patria.



Hombres, mujeres y niños se atropellaban por acercarse al joven monarca. .





España entera, al batallar por su independencia contra un enemigo formidable, devolvió á las sienes de Fernando una corona que su padre Cárlos, y aun él mismo, no vacilaron en abandonar al ambicioso usurpador.

Y volvemos á preguntar, ¿fueron recompensados, ni siquiera agradecidos los sacrificios del pueblo?

¡Ah! ¡la inflexible historia, que así nos dá á conocer las excelencias de los grandes hombres, como nos trae á la memoria la negra y cruel ingratitud, oprime nuestro corazón y detiene el curso de la indignada pluma!

### CAPITULO III.

María.

El entusiasta recibimiento que el pueblo de Madrid hizo al rey, disgustó en un doble sentido al príncipe Murat.

Aquel hijo predilecto de la fortuna, que brotando del polvo de la revolucion francesa, salió de su oscuridad humilde para levantarse con las águilas del memorable Imperio; aquel ambicioso, que cubierto de honores y de títulos, tal vez soñaba delirante con el cetro de San Fernando, no pudo soportar serenamente la ovacion que tuvo lugar á los pocos dias de su llegada.

La identificacion del pueblo con el jóven príncipe, contrariaba, de un modo evidente, los negocios cuya oculta mision le estaba encomendada.

Confirmacion de esto eran los secretos manejos en que anduvo con el ex-rey Carlos, su esposa María Luisa y la reina de Etruria.

Estaba escrito que la ambicion y las pasiones personales, habian de abreviar más y más los desastres que sobrevinieron al país.

Interesados vivamente Carlos IV y la reina María Luisa en salvar al Príncipe de la Paz, que veinticuatro horas antes de la entrada de su mortal enemigo, el rey Fernando en la corte, fué encerrado herméticamente por orden del nuevo gobierno en el oratorio del castillo de Villaviciosa, se entregaron en brazos del gran duque de Berg.

No es dable publicar aquí todos los documentos que en este negocio se cruzaron, todas las súplicas, todas las humillaciones con que el débil Carlos halagó el amor propio y las esperanzas del caudillo francés.

No parecia sino que el funesto valido, que durante el tiempo de su privanza habia explotado (1) en su bien la

---

(1) Hé aquí los títulos con que Godoy encabezaba los documentos oficiales:

«El Excelentísimo Señor Don Manuel Godoy y Alvarez de Faria, Rios, Sanchez, Zarzosa: Principe de la Paz; duque de Alcudia; señor del Soto de Roma y del Estado de Alcalá; grande de España de primera clase; regidor perpétuo de la Villa de Madrid y de las ciudades de Santiago, Cádiz, Málaga y Ecija, y Veinticuatro de la de Sevilla; caballero de la insigne orden del Toison de Oro; Gran cruz de la real y distinguida española de Carlos III; comendador de Valencia del Ventoso, Rivera Acencha en la de Santiago; caballero gran cruz de la real Orden de Cristo y de la religion de San Juan; Consejero de Estado, primer Secretario de Estado y del Despacho; Secretario de la Reina; Superintendente general; de la Academia de las Nobles Artes, y de los reales gabinetes de Historia Natural, Jardin Botánico, Laboratorio Químico y Observatorio Astronómico, Geatil-hombre de Cámara con ejercicio; Capitan general de los reales Ejércitos; Inspector y Sargento mayor del real cuerpo de Guardias de Corps, etc.»

Como se vé, D. Manuel Godoy no habia malgastado el tiempo que duró su privanza.

debilidad de su protector, implicaba mayor interés que los asuntos de la nación, cuya seguridad é independencia peligraban.

Desde la *protesta* memorable, hasta las pretensiones de la reina de Etruria sobre el Portugal, mezclada siempre en esto la suerte de D. Manuel Godoy, mantuvieron una larga y peligrosa inteligencia, por medio de su caudillo, entre la familia real de España y el emperador Napoleon.

Este, con falsas promesas, y acostumbrado á alterar con torrentes de metralla el mapa de las naciones, aparentaba interesarse muy particularmente en las desgracias de *su amigo* Carlos, como reciprocamente se llamaban; y con tan eficaces auxiliares, no descuidando el invadir con sus ejércitos nuestro territorio, alargaba su mano á la corona que así disputaban el padre al hijo, y que, segun la historia, no habia sabido aquel sostener con la seguridad de que le desposeyó su ambicioso privado.

En tal sazón las cosas, y mientras el gran duque de Berg iba, un dia trás otro, quitándose la máscara de la amistad, tomaba incremento la desconfianza pública, de suyo recelosa y propensa á bien fundados temores.

Cinco dias despues del suceso á que nos referimos en el capitulo anterior, D. Enrique Útrera, el amante de María, que ya conocen nuestros lectores, conversaba en su casa de la Puerta del Sol con un personaje cuyo nombre, así en los sucesos á que se contrae nuestro libro, como en la tremenda lucha que sobrevino más tarde con el imperio, adquirió una importancia no comun.

Era el conde de M... uno de los instigadores más eficaces en el motin de Aranjuez.

Sentados ambos en dos sillones en el lujoso gabinete

de Enrique, significaba este al conde su hondo pesar por la entrega hecha á Murat el dia 31 del mes anterior, de la espada de Francisco I, que se conservaba en la Armería Real como un monumento que era de nuestras grandezas.

—¡Qué quiere Vd. hacerle!—respondió el de M... con tristeza,—los que rodean á Fernando, por cobardía ó por traicion, se esmeran en agasajar y complacer al general francés: añada Vd. á esa condescendencia ignominiosa la pompa con que la espada se condujo á casa de Murat, y vendremos á confesar, con vergüenza y mengua de nuestros abuelos, que la nacion que fué cuna de varones tan esforzados, es hoy una nacion sin dignidad, degenerada...

—No tanto, conde;—repuso Utrera,—el país en masa, nosotros mismos en particular, no podemos, ni podremos jamás ser responsables de lo que dos ó tres malos españoles hagan.

—Temo,—añadió el de M...,—que nuestro golpe de Aranjuez vá á ser estéril: todas las maquinaciones de Murat y del emperador se encaminan á un fin muy tenebroso.

—Nada ménos que el de sacar de España á los príncipes.

—Eso es justamente; y el dia 5 romperá la marcha el Infante D. Carlos, acompañado del Duque de Híjar, de D. Pascual Vallejo y no sé qué otro: el pretesto es ver á Bonaparte en Búrgos, pero ya harán todo lo posible por internarse en territorio francés.

—Debia, conde, intentarse una manifestacion, y si esta no bastara, oponernos decididamente á ese peligroso viaje...

—¡Ay! amigo mio, este negocio no es tan fácil de realizar como el otro: á tal estado llegaron ya las cosas, y tanto es lo que en el ánimo de la familia real han ganado nuestros huéspedes, que cualquier intentona podrá salirnos cara.

—Y entonces, ¿dejaremos que las cosas adelanten por el camino que ya llevan?

—¿Y qué remedio? nosotros contábamos con la entereza de Fernando y el amor que el pueblo le profesa; pero la fatalidad puede más que nuestras esperanzas y nuestros esfuerzos; pues colocó á su lado un hombre que siempre ha inspirado mi desconfianza.

—¿De quién habla Vd.?

—Me refiero á Escoizquiz.

—Con efecto, es un ambicioso hipócrita, de cuyas maquinaciones y ascendiente sobre el rey debe temerse todo.

—Me basta,—continuó el de M...,—recordar la ingratitud conque pagó los servicios del Príncipe de la Paz, á quien, prescindiendo de lo odioso que me es semejante hombre, debió haber correspondido más honradamente.

—Ha sido nombrado consejero de estado por el rey.

—Pues desde aquel punto, ese hombre ambicioso y audaz ha cultivado de un modo peligroso la amistad del duque de Berg, y es, al lado de Fernando á quien engañará como engañó á Godoy, un instrumento útil á las miras de Bonaparte.

—Pero esto no puede pasar así conde; aun estamos á tiempo de conjurar los peligros de que cada día se vá cargando más la atmósfera.

—Pues creo, amigo Utrera, que en la crítica situacion